

Aquel encuentro

Eran cerca de las seis de la mañana cuando las piernas y las manos danzantes de Sol entraron por la puerta principal de la casa; la luz comenzaba a asomarse por el ventanal de la estancia y Sol cruzaba la habitación con los rayos del astro rey pegando en sus tobillos; sus finos dedos indicaban órdenes cual batuta de general, firmeza que se diluía con la suave dulzura de su voz. Esa tarde su hermana Emilia iba a contraer matrimonio y todos estaban ilusionados con el futuro que le esperaba a la niña pequeña de la casa. Sol era la mayor de las dos hijas de Doña Dolores Crespo y Don Gabriel Romero; desde su adolescencia se vio interesada por las letras y sus enigmas; en palabras de su padre, “era sincera como pocas y erudita como ninguna” y en sus 23 años de vida nunca había llevado a ningún muchacho con fines románticos, tenía muchos amigos, pero ninguno de ellos había entrado a la casa, ni siquiera como pretendiente.

Los Romero, junto a otros colegas, eran perseguidos políticos en la ciudad de Puebla en tiempos de la presidencia de Porfirio Díaz; hacían pequeñas reuniones que pasaban como tertulias culturales, pero en realidad eran ocasiones para fraguar estratagemas en contra del régimen. Las hermanas Romero siempre estaban presentes, principalmente Sol; ambas crecieron con la libertad de creer en lo que quisieran; en su casa nunca hubo prohibición de nada; las jóvenes podían decidir por sí mismas y seguir aquello que sus conciencias y corazones consideraran correcto; aquel ambiente había ayudado a hacer de Sol una mujer de carácter fuerte y de expectativas precisas. La familia vivía en el 710 de una vecindad de la 10 poniente, un edificio pintoresco otrora herencia paterna, ahora punto de reunión para los correligionarios. En el hogar sobraban libros de Medicina, Botánica, Matemáticas, Astronomía, Historia y Literatura Universal, por decir algunos; Sol aprendió a leer y a escribir bajo la tutela de su padre, un renombrado Profesor, y a cocinar, bordar, tejer y tocar el piano, cobijada por su madre, quien la educó “para saber de todo y no depender de nadie”. Un día antes de la boda de Emilia, Sol informó a su padre que Francisco I. Madero llegaría la semana próxima como parte de su gira de precandidatura, lo cual significaba una oportunidad de oro para el grupo.

— Se te ve mejor que a mamá, pero no se lo digas o va a hacer un drama. —Comentó Sol, examinando meticulosamente el vestido de novia que ayudó a poner a Emilia.

- Debes aprender a acomodarlas, que el secreto no está en el tamaño, sino en apreciar lo que tienes —dijo Sol mientras ajustaba el busto de su hermana en el vestido.
- No empieces con tus locuras y deja de apretujarme, ¡no son naranjas del mercado!, ¡Y muchas gracias, no voy a extrañar esto! — Expresó Emilia con encolerizada risa.
- ¡No te preocupes, yo aquí voy a estar para acomodártelas siempre! — Replicó Sol echando una carcajada, para luego rodear con un abrazo cariñoso a su hermana.
- Espero que algún día encuentres a quien entienda tu oscuro sentido del humor y que te mire con la misma pasión con la que tú miras a los libros. — Reviró Emilia.
- Dudo que eso pase, los hombres son en su mayoría ineptos y faltos de metas, además de ignorantes y aburridos. — Le alegó Sol, con una sonrisa socarrona.

A pesar de la aguda inteligencia que la hacía ser escéptica y liberal, esa tarde durante la misa, Sol pidió en el silencio más devoto, que su hermana fuera feliz para siempre...

Pasada la fiesta, Don Gabriel organizó la reunión para discutir el paso de Madero por Puebla. Arribaron más de 40 personas de diversos lugares, pero esta vez había más tensión en el aire; el rumor de que se armaría un nuevo movimiento, atrajo a libre pensadores de todo México. Se escucharon anécdotas de los recién llegados y las historias tocaron las emociones de los viejos, quienes sucumbieron ante las nuevas ideas y aceptaron apoyarlas aún con el riesgo de saber lo que significaba organizar una revuelta, que si bien germinaba con publicaciones insurrectas, podría terminar de otra forma.

Entre la multitud destacaba la imprescindible Sol, quien expresaba como siempre sus ideas de manera tan ferviente, que parecía que lideraba la maniobra. De pronto, al fondo del salón, una voz firme y con gran arenga comenzó a resonar, era un joven de piel canela, ojos color miel y brillantes perlas en la sonrisa. Había llegado para contar su experiencia como escritor de panfletos en contra del Porfiriato, se presentó como “el chato Ismael”, originario de Oaxaca, con vastos estudios universitarios, quien publicaba clandestinamente junto a su familia y recorría el país en busca de correligionarios.

— De haber sabido que una china tan linda pensaba como yo, me habría quedado en esta ciudad a tocarle el piano y a soñar con el mañana, al lado de sus libros. — y caminó cuidadosamente hacia Sol —. Si todas las mujeres discursaran así de política, este país sería otra cosa. —Siguió lentamente, hasta ponerse junto a ella—. Mi nombre

es Ismael, para servirle. — Hizo una reverencia y extendió su mano para saludarla.

— Soledad Romero Crespo, Sol para mis amigos, mucho gusto, ¿en serio sabes tocar el piano? — Añadió y de forma discreta posó sus bellos ojos marrones en el joven.

— La guitarra y la flauta también, además de hablar Inglés, francés y masticar el latín, chula. — Contestó el muchacho, al tiempo que fijaba su mirada en la de ella.

— Tengo 23 años, un centenar de conocidos y nunca me había topado con uno que supiera Latín y mucho menos que me hablara con tal confianza, pero quisiera ver qué tan bueno eres, ¡charrito de monte! — Y caminó segura, hasta llegar al piano.

— Si le gusta cómo interpreto, usted me enseña Latín. — Le susurró al oído y comenzó a tocar la canción favorita de Sol, quien sorprendida, recordó lo que su madre le dijo una vez: “Esta pieza, hija, es solo para quien nos ablanda el corazón”.

— ¡Está bien!, te enseñaré Latín, eso, ¡si no te vas al matadero! — Y de modo coqueto acercó sus manos a las de él, como dispuestas a valsar sobre las teclas del piano.

Desde una esquina del cuarto, los padres de Sol miraban aquella escena entrambos:

— Es de familia culta, lo tuvieron como nómada en Estados Unidos para evitar que se involucrara en todo este lío, pero no funcionó; es instruido, bueno con las letras y muy derecho, no me extraña que la haya dejado impresionada. — Dijo Don Gabriel.

— Es el primero que le llega por la cabeza, era obvio que la iba a impactar; ¡haz que se quede!, está muy chamaco para andar escondiéndose. — Respondió Doña Dolores.

— Creo que yo no tendré que convencerlo de nada, ella lo está haciendo sola.

Sol seguía con las manos puestas sobre las de Ismael y sus ojos brillaban como nunca; su alma y pensamiento estaban descubriendo a alguien que quería comprender sus enigmas; alguien con ese humor y criticismo que tanto necesitaba su esgrima mental.

Aquel encuentro significaba más que solo quimeras por el futuro del país, ahora los sueños de Sol tomaban un rumbo distinto, su vida empezaba a dibujarse tal como lo había pensado: siendo ella misma, sentando las bases de una ideología adelantada a su tiempo; junto a un hombre que parecía entenderla y con quien sus ideas podrían crecer y sobre todo, sin dejar de lado su rebeldía, sus ideales o sus ansias de libertad...

— Por cierto, me dijiste tu nombre, pero no tus apellidos. — Preguntó Sol interesada.

— Es verdad, me llamo Ismael, y me apellido Flores Magón...